



Educación Médica

www.elsevier.es/edumed



Consenso científico y corrección política

Antonio Lafuente

Departamento de Historia de la Ciencia, Instituto de Historia, Grupo Mundialización y Mundanización de la Ciencia, CSIC, España

PALABRAS CLAVE

Consenso científico
Corrección política
Medios de comunicación
Opinión pública
Sociobiología

KEYWORDS

Scientific consensus
Political correctness
Media
Public opinion
Sociobiology

Resumen Todo indica que cada día será más difícil distinguir entre corrección política y consenso científico. Esta circunstancia nos obligará a poner mayor atención a los mecanismos de producción de consensos. Está bien que sean los expertos quienes revisen la literatura científica, pero alguien debería revisar cómo son elegidos, cómo hacen su trabajo, cómo redactan las conclusiones, cómo acuerdan el alcance de los hechos, cómo eligen los términos que acotan los problemas.

© 2016 Elsevier España, S.L.U. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Scientific consensus and political correctness

Abstract Everything indicates that every day will be more difficult to distinguish between political correctness and scientific consensus. This circumstance will force us to put more attention to the mechanisms of production of consensus. It is desirable that are experts who review the scientific literature, but someone should check how are chosen, how to do their job, how to write the conclusions, how to agree the scope of facts, how to choose the terms that limit problems.

© 2016 Elsevier España, S.L.U. This is an open access item distributed under the Creative Commons CC License BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Todos los días se alaba en la prensa el consenso alcanzado por los científicos sobre la naturaleza antropogénica del cambio climático. La satisfacción de la mayoría es doble: de una parte, porque el acuerdo crea el entorno adecuado para que los gobiernos asuman la necesidad de reformas impopulares; de la otra, porque el establecimiento de un vínculo causal entre actividad humana y calentamiento global ha sido una decisión en la que han participado varios miles de científicos de numerosos países, lo que garantiza, al menos inicialmente, la inexistencia de sesgos políticos, económicos, culturales, ideológicos o religiosos. Sin duda, como lo califica Antoine Blanchard en su blog *Enro, scientifique et*

citoyen, se trata de un bello consenso, construido mediante dispositivos orientados al acuerdo y quizás refractarios a la controversia o la incertidumbre¹.

Se entiende entonces que los observadores celebren cada nuevo informe como si se tratara de un éxito. No faltan los críticos, entre los cuales se encuentran los expertos en manufacturar incertidumbre al servicio de las grandes corporaciones petroquímicas y también los que no dejan de decir prudentemente que las pruebas son inestables y frágiles. Tienen razón, porque todo en ciencia es provisional y sería absurdo dejar de actuar hasta estar seguros de que no hay riesgo en la próxima acción a emprender. Por supuesto, se

Correo electrónico: alaf999@gmail.com

pueden minimizar los riesgos, pero es imposible anticipar en una democracia técnica todos los escenarios futuros².

Admitamos que todo el mundo actúa de buena fe y que no hay intereses ocultos. Ya sé que se trata de una hipótesis indemostrable, pero la necesitamos por el momento para poder avanzar en el argumento que queremos desarrollar. En los años coincidiendo con la llegada al poder de la Administración Bush, el encono entre los defensores y detractores del origen humano del cambio climático fue en aumento y, según muchos observadores, puede hablarse de auténtica caza de brujas contra los partidarios de la urgente aplicación de los acuerdos de Kyoto. Quienes duden sobre este particular, todavía están a tiempo de leer el abrumador y documentado alegato de Chris Mooney³.

Hasta hace unos años, la opinión pública no sabía bien a qué carta quedarse y, con frecuencia, adoptaba la retórica de la equidistancia —dar la palabra a los supuestos dos bandos— para no implicar al canal/medio en una batalla, que en el imaginario colectivo también se planteaba entre los neoliberales contra los izquierdistas, y viceversa. Las cosas han cambiado. Ahora pronunciarse contra lo que ya sabíamos, defender la prudencia antes de actuar, manifestarse escéptico en público, está muy mal visto. Expresar dudas puede convertir a sus portavoces en elementos antisociales y a los científicos que las respaldan en secuaces al servicio de extraños intereses y, desde luego, en investigadores obsoletos. A los detractores se les insulta con el calificativo de negacionistas.

Sin embargo, el consenso es sólido, tanto si consideramos la cantidad y calidad de los artículos científicos que sostiene la interpretación oficial, como si nos fijamos en los gobiernos y medios de opinión que lo respaldan sin fisuras. El nuevo consenso (¿científico?) es considerado un bien global compartido y la principal herramienta (¿política?) para defender un futuro sostenible. Al fin y al cabo, el clima es un patrimonio de todos que forma parte del procomún⁴.

No hace mucho, *Financial Times* descreía abiertamente de esta nueva manera de proceder en la investigación, afirmando que el consenso es un cáncer en la ciencia que hay que detener rápidamente. Se transcribía el mantra acuñado por Michael Crichton⁵, y que expande su efecto por la red: “*There is no such thing as consensus science. If it’s consensus, it isn’t science. If it’s science, it isn’t consensus*”⁶. Es como si hubiera un sector en nuestra cultura que estuviese pidiendo el regreso de los investigadores al laboratorio y les estuviera recriminando la facilidad para transitar sin solución de continuidad desde el experimento a la rueda de prensa y desde la TV al comité de expertos. No está de más recordar aquí lo que tantas veces hemos defendido, afirmando que la ciencia se ha constituido históricamente como una de las instituciones sociales consagradas al acrecentamiento del bien común⁷.

Y es que la novedad de miles de científicos trabajando en régimen distribuido para evaluar la calidad de los datos y la convergencia (local o global) de las conclusiones merece mayor atención de la que ha recibido en los *media*. Lo que el Panel Intergubernamental del Cambio Climático —GIEC en francés— (IPCC) ha hecho es revisar la literatura científica existente, contrastarla entre sí y extraer consecuencias. En definitiva, un gigantesco proceso de *peer review*, tanto por la cantidad de *papers* revisados, como por el número (cerca de 4.000 científicos) y variedad de revisores (*referees* pertenecientes a unos 40 países) implicados⁸.

Difícil consenso, pero bello, sólido y duradero. Sin embargo, una vez asentado lo principal y movilizadas la opinión pública, se hace necesario detenerse un momento en los detalles, en eso que llamamos las cuestiones de procedimiento. El IPCC ha producido ya 5 informes (1990, 1995, 2001, 2007 y 2013) y está organizado alrededor de 3 grupos independientes de trabajo: el G1 entiende de las cuestiones más técnicas relacionadas con el clima, el G2 se ocupa del impacto que el cambio traerá a la biosfera y a la economía, y finalmente, el G3 explora los distintos escenarios futuros y propone medidas a los gobiernos que representan⁹.

Hay estimaciones que elevan hasta 20.000 los expertos, contando a todos los que han sido consultados o han suministrado datos. La complejidad del proceso es grande si consideramos que el último informe del G1, basado en 19 modelos independientes, contó con 600 autores que pertenecían a 40 países y que, como sucedió en anteriores escritos, se repartieron por fragmentos el trabajo de redacción. Posteriormente, una vez terminada la negociación de las palabras con las que describir y resumir lo que estaba pasando, según la literatura acreditada circulante, fue remitido a la Asamblea General del IPCC, en la que los representantes de 113 estados acabaron de depurar un texto que pudiese representar el punto de vista general. No extraña que Michael Oppenheimer y los otros colegas que le acompañan concluyeran su “*The limits of consensus*” (*Science*, 14 de septiembre de 2007) con la siguiente recomendación: “En la actual coyuntura, una evaluación completa en busca del consenso, [...] puede que no la necesitemos más que una vez cada década”¹⁰.

La complejidad del procedimiento se incrementa cuando pensamos en la dificultad de “observar” el clima del pasado y del futuro. Lo que los climatólogos hacen es diseñar un algoritmo (un programa de ordenador) que simula los fenómenos físicos, químicos o medioambientales más decisivos en la conformación del clima. Esto significa que deben identificarse las variables (temperatura, humedad, presión, altura, mareas, etc.) que son clave. Luego, como es imposible tener datos para cada punto del planeta —desde la profundidad de los océanos hasta los confines de la atmósfera— se procede a modularizar todo ese espacio en celdas —en realidad, cubos tridimensionales que, en el último informe, eran de 110 km de lado— para formar una malla. Así, los datos introducidos se refieren a cada punto/celda/cubo de la mencionada malla. Igual que las casas se hacen con ladrillos del mismo tamaño, los climatólogos han creado modelos que pixelizan el planeta, de forma que cada “ladrillo” funciona como un punto sobre el que tenemos observaciones directas¹¹. Después, hay que meter todos los datos en el computador y poner el algoritmo/programa a funcionar. Lógicamente, el cómputo no se hace en un ratito.

El G3, como ya dijimos, trabaja con escenarios, es decir, comportamientos futuros de problemas que necesariamente incorporan las dimensiones humana, política, social o tecnológica de todos estos procesos. Y, en fin, que la complejidad se incrementa conforme nos distanciamos en el tiempo, pues la incertidumbre hace que estas previsiones puedan a veces parecer un argumento y un material adecuados para los relatos de ficción científica y sociológica.

Pero sí, hay un consenso final que cuesta mucho alcanzar y mantener, ya sea que hablemos de costes económicos, ya sea que recordemos la enorme cantidad de gente implicada

o la sofisticación de los recursos tecnológicos involucrados. Sabemos que la redacción final es el decantado de un arduo proceso de depuración, pues los países industrializados quieren hablar del futuro, mientras que los menos afortunados quieren que se le dé mayor peso al pasado. Los isleños tratan de introducir la retórica del riesgo, pero los que son productores de petróleo piden prudencia para no tomar medidas insensatas.

El IPCC es una máquina de toma de decisiones, cuyo calibrado pudiera parecer milagroso si tenemos en cuenta que todos los países tienen la misma representación en la Asamblea General, de forma que Luxemburgo pone los mismos representantes que Estados Unidos, Rusia o China. El clima, en consecuencia, ha sido *parlamentarizado*, si bien es dudoso que quienes se sientan a decidir, los decididores nombrados por los estados, representen los intereses de la humanidad.

Hay un consenso general sobre el clima, pero no sabemos cuál es exactamente su naturaleza. ¿Estamos hablando de un consenso político, científico, tecnocrático o diplomático? Nos queda mucho que saber sobre lo que significan estos acuerdos. Tenemos a mano otro caso que puede ayudarnos a comprender de qué estamos hablando. Hace unos años, James D. Watson¹², quien fuera Premio Nobel en 1962 —junto a Francis Crick y Maurice Wilkins— por el descubrimiento crucial de la estructura helicoidal de la molécula de ADN, dimitió como canciller del prestigioso Cold Spring Harbor Laboratory (New York). La decisión fue una secuela de las declaraciones a *Sunday Times* (14 de octubre de 2007), en las que afirmaba que la inteligencia de los negros era inferior a la de los blancos¹³. No era la primera vez que Watson, como se explica en *Biopolitical Times*¹⁴, cruzaba los bordes que nos protegen contra los delirios eugenésicos. Sus palabras entonces no eran la ocurrencia de un provocador. Cosas de este tipo, parecidas y peores, están siendo alentadas desde un sector de investigadores en aumento procedentes de la llamada psicología evolutiva, antes conocida como sociobiología¹⁵. (Un inciso. Como ya no soy inocente en esta materia, quiero insistir en que dije “un sector” y nunca la totalidad).

Los sociobiólogos del ramo de la psicología evolutiva no paran de encontrar pruebas —publicadas en revistas de prestigio y revisadas por pares— que confirman la tesis de que muchas de nuestras conductas están preconfiguradas en nuestros genes. Pongo dos ejemplos: todavía resuena el eco de quienes defendieron que la violación, como la infidelidad o la poligamia, es una respuesta evolutiva normal, pues los humanos solo somos marionetas en manos de los genes que nos obligan a plantar su semilla reproductora en tantos úteros y tantas veces como puedan. Lo que Watson probablemente quiso decir, apoyándose en su afán por profundizar/ primar lo genético frente a lo cultural y en algunos desarrollos recientes de la neurología, era que, dado que (un Nobel, dixit) los negros usan menos el cerebro al no estar tan en contacto con el pensamiento abstracto y las nuevas tecnologías, entonces su red neuronal es menos compleja, algo así como inmadura y, en consecuencia, son menos inteligentes¹⁶. Todo esto suena peligrosamente cercano a ciertas aventuras intelectuales entronizadas como cultura oficial en la Alemania nazi. Y si escarbamos un poquito las encontraremos también en muchos países coetáneos. Hay que tener cuidado, pues estamos tratando con material culturalmente muy sensible. Explosivo y criminal, donde los haya.

¿Qué pasa entonces? ¿Pueden los psicólogos evolutivos seguir trabajando —tal vez, especulando con material tan altamente inflamable— o deben someterse a las reglas de lo políticamente correcto? Los neurólogos, los psicólogos evolutivos, los psiquiatras, trabajan con un material muy delicado, cuyo uso irresponsable puede provocar una catástrofe incalculable. Parece increíble que un científico como Watson haya podido decir algo tan doloroso y que no cuenta con (suficiente) aval científico¹⁷. Sus compañeros, compatriotas o no, se apresuraron a desautorizarlo¹⁸. La comunidad de genetistas reaccionó con rapidez y Watson fue repelido por el sistema¹⁹. El Science Museum de Londres y la Universidad de Edimburgo cancelaron los actos en los que iba a intervenir, alegando que sus afirmaciones, se cuenta en *Spiked*²⁰, iban más allá de lo que es discutible.

Todos están de acuerdo en el mensaje que Watson y sus amigos debieron recibir: estamos muy agradecidos por lo que contribuyó a descubrir y también muy avergonzados por lo que puede contribuir a incendiar. El asunto es que Watson no está solo, el racismo es una aberrante idea que está muy arraigada en muchos laboratorios. De hecho, publicó un artículo en *The Independent* para sostener que intentar comprender la correlación existente entre biología y cultura o secta no es racismo, sino expresión de una actitud científicamente legítima. La lectura del artículo, sin embargo, no suena a petición de excusas por lo publicado en el *Times*, sino que más bien resuena con el *Eppur si mouve* galileano²¹. Un gesto que, en términos coloquiales, se parece al “vale, acepto el varapalo, pero ya hablaremos dentro de unos años”.

Watson, explica Steve Salier en *VDARE*²², estaba en Londres para apoyar el lanzamiento de su *Avoid Boring People: Lessons from a Life in Science*, un libro que merodea otros territorios escabrosos de la ciencia²³. El epílogo, “Larry Summers Show Trial”, está dedicado a comentar las declaraciones que Summers, rector de Harvard, hizo sobre la menor capacidad de las mujeres para las ciencias, las matemáticas y la ingeniería. El revuelo que levantaron provocó su dimisión y un ruidoso debate que no dejó satisfecho a Watson, quien lamenta que Summers se desdijera a toda velocidad y que solo Steven Pinker saliera en ayuda del rector: “Sospecho —escribe Watson— que la mayoría temían ser tirados en el saco de lo políticamente incorrecto”. En fin, lo que Watson hizo fue dar cuenta de otra verdad inconveniente que, según *Nature*, daña gravemente la imagen de la ciencia²⁴.

¿Son comparables los dos casos estudiados? Los dos tienen que ver con el consenso científico y con la corrección política. La “verdad” incómoda del cambio climático es que nos vamos quedando sin tiempo para actuar en la dirección que marcan los expertos. La “mentira” incómoda de la genética humana es que hay una relación por descubrir entre color de la piel o sexo e inteligencia. La primera “verdad” se basa en un consenso creciente que, hasta hace poco, fue tildado por algunos países y poderosas instituciones de izquierdista y radical. La segunda “mentira”, apoyada por el segundo científico vivo más importante del mundo tras Stephen Hawking, es ampliamente rechazada por la práctica totalidad de las sociedades científicas que, sin dudar, califican a sus partidarios de ultraconservadores y a su trabajo de ciencia basura al servicio de prejuicios racistas y neocoloniales²⁵.

Pero volvamos sobre estos dos consensos tan cerrados. Ambos se producen por una doble convergencia de crite-

rios científicotécnicos y sociopolíticos. Ambos producen una verdad política (la androgenia del cambio climático y la equivalencia genética de los humanos) y una mentira científica (la condición natural del clima y el origen natural de las diferencias de inteligencia). Ambos consensos se nos ofrecen como entes políticos y entes científicos demasiado firmes y cercados. En ambos casos se nos oculta la extremada complejidad de los problemas, así como de los protocolos para la producción, depuración y circulación de hechos y valores.

Los consensos, como vimos, nunca son fáciles, pero cuando son tan amplios hay que ponerlos bajo vigilancia. La sospecha está justificada, aunque sea solo porque conocemos demasiados casos en ciencia de consensos apabullantes que se establecieron sobre grandes e incomprensibles errores. Al fin y al cabo, el Sol giró alrededor de la Tierra durante muchos siglos y la atracción de la materia (inerte y, desde luego, insensible) sigue siendo utilizada para explicar la gravedad. Y es que, además, como ocurre cuando se está en la fase de montaje de una película, siempre quedan flecos, muchos descartes sin utilizar. Tomas que los decididores (director, montador, guionista, etc.) califican de erráticas, fallidas, redundantes, irrelevantes, disruptivas o desquiciadas. Pero, ¿y si se encontraran algunas pruebas que avalaran las tesis de Watson? ¿Estaríamos obligados a trasladar a nuestras leyes el fundamento (¿natural?) de la desigualdad? ¿Quedaríamos (los blancos, los occidentales) legitimados para nuevas aventuras imperiales? Podría suceder también que nuevos datos avalasen la tesis de una probable desaceleración del ritmo del cambio climático, lo que no nos autorizaría a seguir agotando los recursos o amenazando la biodiversidad, como tampoco a mantener cotas tan altas de injusticia global.

¿Deben los científicos abandonar las áreas de investigación culturalmente sensibles o, como ocurre cuando se manipulan secretos militares o empresariales, tienen que guardar silencio sobre sus conclusiones preliminares? Todo indica que cada día será más difícil distinguir entre corrección política y corrección científica. Esta circunstancia nos obligará a poner mayor atención a los mecanismos de producción de consensos. Está bien que sean los expertos quienes revisen la literatura científica, pero alguien debería revisar cómo son elegidos, cómo hacen su trabajo, cómo redactan las conclusiones, cómo acuerdan el alcance de los hechos, cómo eligen los términos que acotan los problemas. Está claro que la fragmentación en 4 (los 3 grupos más la Asamblea) de las fases del acuerdo sobre el calentamiento global tendrá mucho impacto en la propia configuración de las ciencias del clima. Así las cosas, la revisión crítica de estas prácticas puede enseñarnos a entender las regularidades, disparidades, desplazamientos, escisiones o solapamientos entre los diferentes textos, haciéndolos más transparentes y evitando que los expertos se acomoden demasiado en sus saberes fragmentarios. Por eso, la crítica antropológica, filosófica e histórica de la ciencia puede tener todavía un papel urgente que hacer en la comprensión de lo que (nos) está pasando.

Igual que Heidegger fue un buen filósofo y un mal ciudadano, también Watson podría ser un racista y un buen científico. O, en otros términos, cabe imaginar que sus afirmaciones se basen en hechos contrastados. Fragmentarios, si se quiere. Incompletos o sesgados, pero experimen-

tales y sometidos a la revisión por pares. Y siendo así, ¿quiere una ciencia que pudiera demostrar que las desigualdades están avaladas por la genética? Y, en contrapartida, ¿no cabe imaginar connivencias entre los expertos del IPCC y los gobiernos que les nombraron? De pronto, todo podría acabar siendo verdades incómodas o, como sostenía Voltaire sobre la religión, mentiras necesarias. El embrollo parece inevitable, pues hablar de hechos nos obliga a pensar en valores. Y, si hacemos caso a Bruno Latour, llega un momento en que se hacen indistinguibles, pues la diferencia entre qué es la ciencia y cómo se hace la ciencia es ninguna. Y tan ridícula es la terca insistencia de Watson en lo hecho como el disimulo de los valores entre los partidarios del carácter androgénico del cambio climático.

Los modos del IPCC son modernos (respetuosos con los hechos) y tienen urbanidad (respetuosos con la diversidad). Todavía nos queda mucho que saber sobre sus prácticas, pero por lo que ya conocemos cabe aventurar que el IPCC es un gran laboratorio de innovación social. Porque, lo diré de una vez, la diferencia entre el biólogo James Watson —exdirector del CSHL— y el climatólogo Rajendra Pachauri —director del IPCC—, ambos Premios Nobel, no es que defiendan dos maneras distintas de hacer ciencia, sino dos modos alternativos de construir la sociedad.

Bibliografía

1. Banchard A. Les expertts sont-ils formels? La café des sciences, 15-4-2011 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.cafe-sciences.org/billets/tag/expertise-scientifique/>
2. Plait P. Consensus chez les climatologues: le réchauffement climatique est réel et de notre faute. Slate, 18-5-2013 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.slate.fr/life/72657/consensus-climatologues-rechauffement-climatique-cause>
3. Callon M, Lascoumes P, Barthe Y. Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique. Paris: Le Seuil; 2001.
4. Mooney C. The Republican War on Science. New York: Basic Books; 2005. Otros textos, menos periodísticos, pero igualmente alarmados por las muchas intromisiones de la Administración Bush en el curso de la ciencia pueden citarse, como por ejemplo: Shulman S. Undermining Science. Berkeley, CA: University of California Press; 2006. Bowen M. Censoring Science. New York: Dutton; 2008. Simoncelli T, Stanley J. Science Under Siege. New York: American Civil Liberties Union; 2005.
5. Lafuente A. Qué es el procomún. MediaLab Prado, 30-8-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: http://medialab-prado.es/article/video_que_es_el_procomun
6. Orac. Hostility towards scientific consensus: A sign of a crank. Respectful Insolence. ScienceBlogs, 24-3-2010 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://scienceblogs.com/insolence/2010/03/24/hostility-towards-a-scientific-consensus/> Página oficial de Crichton. Disponible en: <http://www.michael-crichton.com/writer/>
7. Barrio JR. Consensus science and the peer review. Mol Imaging Biol. 2009;11:293.
8. Lafuente A. El carnaval de la tecnociencia. Madrid: Gadir; 2007.
9. La labor del IPCC se rige por un conjunto de principios y procedimientos claros para todas las actividades principales de la organización. Se revisan constantemente a fin de garantizar que sigan siendo sólidos, transparentes y fiables. Disponible en: http://www.ipcc.ch/home_languages_main_spanish.shtml

- Procedimientos para la elaboración, examen, aceptación, adopción, aprobación y publicación de los informes del IPCC. Disponible en: http://www.ipcc.ch/pdf/ipcc-principles/ipcc_principles_spanish/ipcc-principles-appendix-a-final_es.pdf
9. IPCC, Intergovernmental Panel on Climate Change. Disponible en: <http://www.ipcc.ch/>
 10. Oppenheimer M, O'Neill BC, Webster M, Agrawala S. The Limits of Consensus. *Science*. 2007;317:1505-6.
 11. Jancovici J-M. Comment peut-on savoir ce qui va se passer plus tard? Manicore, agosto, 2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.manicore.com/documentation/serre/modele.html>
 12. Wikipedia. James Watson. Disponible en: https://en.wikipedia.org/wiki/James_Watson
 13. Dean C. Nobel Winner Issues Apology for Comments About Blacks. *The New York Times*, 19-10-2007 [consultado 13-10-2016]. Disponible en: http://www.nytimes.com/2007/10/19/science/19watson.html?_r=2
 14. Darovsky M. Watson as wake-up call: When genetics endorses a new eugenics. *Biopolitical Times*, 22-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.biopoliticaltimes.org/article.php?id=3724>
 15. Rushton JP, Jensen AR. James Watson's most inconvenient truth: Racerealism and the moralistic fallacy. *Med Hypotheses*. 2008;71:629-40.
 16. Crace J. Double helix trouble. *The Guardian*, 16-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.theguardian.com/education/2007/oct/16/highereducation.research>
 17. Connor S. James Watson, Nobel Prize winner: Welcome to the Watson Wonderland. *The Independent*, 3-2-2003 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.independent.co.uk/news/science/james-watson-nobel-prize-winner-welcome-to-the-watson-wonderland-117736.html>
 18. Connor S, Gumbel A (The Independent). Suspenden de su cargo a James Watson; cancela gira por GB. *La Jornada*, 19-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2007/10/20/index.php?section=ciencias&article=a02n1cie>
 19. Maugh TH II. DNA pioneer quits over uproar on racial remarks. *Los Angeles Times*, 26-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://articles.latimes.com/2007/oct/26/science/sci-watson26>
 20. Perks D. Scientists should never be censored. *Spiked*, 27-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: <http://www.spiked-online.com/newsite/article/3998#.Vw8Vtj85mEJ>
 21. Wikipedia. Eppure si muove. Disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Eppure_si_muove
 22. Sailer S. James D. Watson. A Modern Galileo. *VDARE*, 21-10-2007 [consultado 13-4-2106]. Disponible en: <http://www.vdare.com/articles/james-d-watson-a-modern-galileo>
 23. Watson JD. *Avoid Boring People: Lessons from a Life in Science*. New York: Alfred A. Knopf; 2007.
 24. Watson's folly. *Nature*. 2007;449:948. (25.10.2007, accedido: 13.04.2016).
 25. Malloy J. James Watson Tells the Inconvenient Truth: Faces the Consequences. *Gene Expression*, 31-10-2007 [consultado 13-4-2016]. Disponible en: http://www.gnXP.com/blog/2007/10/james-watson-tells-inconvenient-truth_296.php